



NUM. 28. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 8 DE JULIO DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.

Después de discutidos por el Senado los proyectos de ley que le había pasado el Congreso de diputados se han suspendido las sesiones de los dos cuerpos colegisladores: el calor aleja de Madrid á la mayor parte de sus miembros. La corte marcha á la Granja el día 13 siguiendo á la familia real que ha empezado á moverse en aquella dirección; y sin corte, y sin cortes, y sin estudiantes, porque el tiempo es de vacaciones, y sin la multitud de familias acomodadas que en otras ocasiones pueblan nuestra capital, va á quedarse esta muy desanimada. Hasta los sabios, gente pacífica y sedentaria se han puesto en movimiento con motivo del próximo eclipse: componen instrumentos, se hacen traer nuevos, disponen viajes, arreglan maletines, empaquetan máquinas de todas especies. Unos se dirigen al Moncayo, otros á Castellón, otros á Oropesa, otros á Zaragoza. Si comparamos el interés que inspira el próximo eclipse solar con el que inspiró el de 1842 que pudo verse en Madrid, tendremos motivo para felicitarnos del progreso que van haciendo en nuestra patria las ciencias astronómicas. El Museo publicará en el próximo número los datos mas minuciosos y los cálculos mejores sobre el fenómeno de que se trata, y luego que se verifique, insertará las observaciones á que haya dado lugar, fruto de las tareas de los inteligentes colaboradores de este periódico.

Pero de todos modos, sin los sabios y sin la corte, ausentes los diputados y los estudiantes, ausente el gobierno, en baños las familias que los toman, cerrados los teatros y los salones, desiertos ó poco menos los cafés y las bibliotecas, el calor alejando á los vecinos de las calles y haciéndoles por otra parte insufrible la estancia en las casas, todas estas faltas y estas sobras forman una situación, que si durara mas de tres meses, seria verdaderamente insostenible. Por fortuna situación-

nes de esta especie ya se sabe hasta donde llegan: viene setiembre, comienzan á caer las hojas de los árboles y las ilusiones del verano; los tísicos inclinan la cabeza como si buscasen la tierra que pronto va á abrirse para ellos, comienzan las lluvias del otoño; las ferias y las ráfagas de fresco viento traen de nuevo á la capital á los emigrados y el estado normal se restablece poco á poco.

Dicen, sin embargo, los periódicos bien informados de lo que pasa en las altas regiones, que la vuelta de los cortesanos y de la corte, se verificará este año mas tarde de lo acostumbrado, porque la reina ha determinado visitar en el otoño las provincias de Cataluña, y sobre todo la hermosa Barcelona y las hermosas barcelonesas. Ya los futuros cronistas de este viaje preparan y afilan sus plumas para contarnos todas sus delicadezas, primores y notables acontecimientos en materia de fiestas, saraos y regocijos.

Háblase, aunque con gran secreto, de los que se preparan en los magníficos jardines de la Granja y en las suntuosas habitaciones del real palacio. Si nosotros fuéramos á contar todo lo que hemos oído decir y pronosticar en materia de festejos, de templetes, kioscos y bosquecillos, de bailes al resplandor de las cascadas iluminadas de mil colores; de trajes, de prendidos, de escursiones á deliciosas vistas, de cacerías, y otras cosas! Pero somos discretos y guardamos el sigilo que se nos ha recomendado por los que han tenido la bondad de iniciarnos en estos misterios. Solo diremos que allá hacia el 24 del corriente y hacia el 25 del inmediato mes, han de verse maravillas en la Granja y que seria bueno que los que pudiesen ir allá, fuesen. Los corresponsales de los periódicos no perderán la ocasión: les advertimos que no todo serán bailes y banquetes, y que los asuntos políticos ocuparán de cuando en cuando la atención del mundo elegante, porque siempre ha sido de moda tratar de política entre el mirto y el arrayán á la sombra de los sauces y á orilla de los lagos. Díganlo sino las riberas del Tajo en los tiempos de la España Goda, los jardines de Toledo y de la Alhambra en la época de los sarracenos; el Escorial en la de los Felipes de Austria y la Granja misma en la de Felipe de Francia. Dígalos Aranjuez á principios de este siglo, dígalos la Granja otra vez en 1832 y el Pardo en 1834.

Pero como nosotros no vamos á tratar asuntos políticos, aun cuando la política dé que hablar, no temen nuestros lectores que de ella hablemos: de donde resulta que tendrán la descripción de todo lo agradable, bello,

fresco y frondoso, sin pasar por la amargura de leer tambien lo seco, árido, feo y poco apetecible.

Y á propósito: hecho culminante y digno de mencion. Los marroquíes han aprontado ya en Gibraltar el dinero del primer plazo de la indemnización que viene en oro y plata debidamente encajonado. Allá ha ido el señor Echenique, comisionado para recibirlo con un personal numeroso de contadores y contrastes y con un buque. Es opinion general que si los marroquíes dan garantías por el resto y piden la evacuación de Tetuan, el gobierno accederá á evacuarle; pero sobre este punto nada hay resuelto oficialmente.

Segun las últimas noticias de Nápoles el rey de este país, aunque decidido al fin á dar una constitución á su pueblo, no se había fijado todavía sobre la especie de constitución que ha de darle. Tiene varias en qué escoger y anda dudoso en la elección. Creemos que preferirá aguardar la última moda; pero entre tanto se ha puesto en estado de sitio la ciudad para evitar mayores males. El día en que se proclamó que la corte estaba resuelta á hacer concesiones, hubo una especie de motin en que los lazzaroni dieron un palo en la cabeza al embajador francés. Los lazzaroni son una especie de vagos sin oficio ni beneficio que ejercen sin embargo varios cargos desde el de espías de policía hasta el de pordioseros, rufianes y matones: Nápoles es su centro y mas de una vez han influido en la política que los ha usado como instrumentos.

Garibaldi, que se había negado á declarar agregada desde luego la Sicilia al Piamonte, esperando hacer después la agregación de las Dos Sicilias, ha mudado de dictamen en vista de los últimos actos del monarca napolitano y ha convocado el parlamento de la isla para que decida la anexión inmediata. En los Estados Romanos la situación continúa la misma: Su Santidad visita las fortificaciones de Civita Vecchia, los franceses ocupan á Roma y Lamoriciere sigue organizando sus huestes de irlandeses, bávaros, suizos, etc., etc.

En Portugal el gobierno supone amenazada la independencia del país y pide á las Cortes un crédito de 1,500 contos de reis (unos 35.000.000 de reales) para aumento del ejército y fortificación de las plazas fuertes del territorio. Esta cantidad, como dice un periódico, no bastaría ni aun para fortificar la república de San Marino; sin embargo, no deja de ser considerable si se ha de emplear en otros objetos, que no sean las fortificaciones y el aumento de tropas. Con decir que se teme una invasión por parte de España está dicho cuán infundado y absurdo es el temor. Mas valiera que el gobierno hubiera

pedido esos 33.000.000 para sostener sus posesiones de Angola, donde los negros han cometido escases sin cuento y sacrificado muchas vidas de militares y colonos portugueses, abandonados casi sin protección por la madre patria. Pero á bien que este gabinete ha presentado su dimisión, según dice el telégrafo: veremos quien le reemplaza.

El Circo de Price y el Eliseo Madrileño son los únicos locales de verano abiertos á los espectáculos públicos: el último ofrece gran variedad de diversiones. La Ramirez (la Perlita de la Zarzuela) ha debido llegar ya á la Península de vuelta de su interesante excursión á América.

Hoy se inaugura la iglesia de San Francisco el Grande donde se han hecho reparos y mejoras de gran consideración. La corte asistirá, como es de suponer, á la ceremonia. En el presente número comenzamos á publicar una memoria descriptiva de este grande edificio; y en los sucesivos daremos los grabados que representan el hermoso altar y la preciosa araña con que se ha adornado y enriquecido el templo.

La Gaceta del viernes inserta el reglamento para la exposición de Bellas Artes que ha de celebrarse en Madrid en el mes de octubre.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LA ALHAMBRA (1).

(CONTINUACION.)

XVI.

Desde la parte media de la longitud de la Silla del Moro, sentados sobre un resto de muralla árabe, podemos gozar de un delicioso espectáculo: la Alhambra, Generalife sus jardines y su huerta, están bajo nosotros á una gran profundidad, á vista de pájaro; mas allá la mirada se anega con delicia, en el gran espacio de la Vega que se ve allá, profunda y estensa con sus diferentes verdes del lino, del cáñamo, del trigo, de las hortalizas, de los olivos, de los álamos; con sus blancas aldeas, sus rios que relucen como plata bajo el sol, y que se pierden allá por el *Boquete de Loja*; esa maravillosa vega que se extiende en su longitud desde la falda de Sierra Nevada á la falda de *Sierra Elvira*, y en su latitud desde la ciudad, y los viñedos que á la derecha de la ciudad se extienden, hasta el Suspiro del Moro, y las sierras de *Mochin*, *Illora* y *Parapanda*; hermosísima y fértil llanura que no hace ondular ninguna colina, y cuya extensión es bastante para que al que se encuentre colocado en el centro de ella, le parezcan azules (tanto aire hay interpuesto) las sierras que á la redonda como un vallado natural, como un marco magnífico, encierran la Vega.

Necesitamos presentar el cuadro completo: la Alhambra vista desde la Silla del Moro, se recorta, ya lo hemos dicho, sobre la distante Vega, por nuestra izquierda con sus vecinas las Torres Bermejas, y el Cerro de los Mártires, y el de las Barreras, cuyo perfil, siguiendo para arriba y por nuestra izquierda, nos deja ver el pedregoso valle, el Haza de la Escaramuza en donde está el cementerio, y mas allá, deja ver otro monte y luego otro y otro y otro, que van elevándose y azulándose constituyendo como una gigantesca escalera de cumbres que van á terminar en la blanca cima de Sierra Nevada.

Mas allá el espacio azul y diáfano.

A nuestra derecha la perspectiva no es tan magestuosa, pero sí mas bella: en nuestra misma línea y á nuestra misma altura, veremos un monte en cuya cumbre hay una blanca ermita, la de *San Miguel Arcángel*; el monte tomando por nombre el de la advocación de la ermita se llama *Cerro de San Miguel*: desde la ermita y coincidiendo con la misma línea sobre cuya longitud nos encontramos de Oriente á Poniente, corre un antiguo y aporillado muro moruno apoyado de trecho en trecho en torreones, y extendiéndose hacia nosotros, baja y termina en el profundo valle por donde lamiendo las faldas de la Silla del Moro, de Generalife y de la Alhambra adelanta el rio Darro, y se mete bajo puentes y casas en la ciudad que atraviesa.

Entre el valle del rio, y el perfil del cerro de San Miguel, hay un monte redondo estensísimo, cubierto de casas y cármenes: este monte, labrado por un laberinto, por una maraña de callejuelas, dejando ver en su parte media, en su cumbre, los mochos torreones y los viejos muros de la *Alcazaba Kadima*; las torres de sus iglesias y de sus conventos, los cipreses y los árboles frutales de sus huertos; este monte de casas que constituye por sí solo una gran población, es el *Albaicín*.

Mas lejos, apareciendo sobre el Albaicín, y sobre el Cerro de San Miguel se ve un monte, mucho mas alto que la Silla del Moro donde nos encontramos.

Aquel monte se llama el *Cerro de Santa Elena*.

(1) Véase el núm. 25 y 27.

XVII.

La Alhambra no puede estar mejor colocada. Arranquémosla de su asiento y habrá dejado de ser lo que es.

Mirémosla en la extensión de su plano, puesto que la dominamos desde nuestra altura.

A nuestros pies, donde la falda de la Silla del Moro, se convierte en una estensa planicie, donde se ostentan Generalife y su huerta, nuestra vista se deleitará reposando en aquel pequeño y bello palacio, en sus jardines en sus acequias, en sus estanques, en sus fuentes, en sus galerías de laurel que ostentan hace cientos de años su inmarchito verdor; un ciprés colosal, como si se levantara sobre las tierras del Oriente, nos trae á la memoria una de las mas bellas leyendas moras de los últimos tiempos del reinado de Boabdil el Chico: el *Ciprés de la sultana*. Generalife, visto desde la altura en que nos encontramos es un bellissimo prólogo, un poético *avant propos* de la Alhambra, cuyo plano se ve inmediatamente después, empezando estrecho, contenido por las ruinas de las torres que se llamaron *Castillos de los Reyes Católicos*, y las de la torre del Agua.

Desde allí, los muros, los adarves, se ensanchan, conteniendo un espacio en que hay algunos huertos, y un estenso terreno, cubierto de escombros.

Aquel espacio, que llega hasta el convento de San Francisco y las casas y calles que delante y al costado de la iglesia de Santa María constituyen la pequeña población de la Alhambra, aquel ancho espacio cubierto de escombros de alcázares destruidos, se llama la *Alhambra Alta*.

En la periferia de este campo, ó espacio, sobre los adarves, se levantan las torres, de las Infantas y de la Cautiva; por nuestra derecha; por nuestra izquierda la *Torre de los Siete Suelos*.

Mas allá, como hemos dicho, está la parroquia de Santa María de la Alhambra, rodeada por nuestra derecha por un paseo, por nuestra izquierda, por seis u ocho pequeñas calles donde se levantan una treintena de casas: por la parte avanzada hacia nosotros por la huerta y convento de San Francisco de la Alhambra.

Inmediatamente después de la iglesia, se extiende el cuadrado constituido por el plano de las cornisas, del palacio del emperador Carlos V, que no terminado, abierto á las aguas, deja ver su repartimiento, y el anillo circular de su patio, sostenido por esbeltas columnas.

A la derecha, unido al palacio, avanzando hacia nosotros se ven los tejados, las torres, las cúpulas y los patios de la *Casa real*, ó palacio árabe, formando un conjunto caprichoso, híbrido, incitador: déjanse ver acá y allá, bellas galerías caladas, agineces, ventanas, árboles, almenas, templete, una hermosura revelaba á medias, sorprendida sobre su lecho, cubierta como por un manto indigno de ella, de sus feos y pardos tejados que han sustituido á las antiguas y bellas tejas vidriadas de colores.

Allí se ven las cúpulas de la sala de *Abencerrages* y de la de *las dos Hermanas*, y entre ellas el hueco del *Patio de los Leones*, mas allá escorzada la galería del *Patio del Estaque*, de los *Arrayanes*, de *Comares*, ó del *Mexuar* ó *Consejo*, que todos estos nombres podemos darles, y allá sobre los muros á la derecha, la gran torre de *Comares* ó de Embajadores con su chato tejado y sus agudas almenas.

Mas allá la casa del gobernador.

Después de izquierda á derecha, la torre de la *Puerta del Juicio* y las torres y muros de la alcazaba, sobre los cuales asoma, formando el estrecho de la Alhambra, el fin del castillo, mirado desde donde nos hemos colocado, la torre de la Vela con su histórica campana.

Hemos dejado de consignar algunos detalles, porque si pretendiéramos describir minuciosamente lo que es la Alhambra vista á vuelo de pájaro, acabaríamos por confundirnos: para juzgar completamente de su efecto, no basta describirla, no basta dibujarla, no basta pintarla: es necesario verla.

Tal es la riqueza de contrastes que ofrece: la alternativa de ruinas y de construcciones que ha despedido del tiempo y de los hombres pertenecen aun en pie; el templo cristiano de severa construcción agrupado con un palacio moro que deja ver lo caprichoso de su plano, y detalles de su rica arquitectura sensual, junto al severo y simétrico plano de un palacio del Renacimiento: las torres, las torrecillas, las galerías, los adarves, los muros, la innoble tapia de tierra blanqueada y aspillorada que orla gran parte de estos muros sustituyendo á las antiguas almenas: las alamedas, los jardines, los estanques; y todo bajo la luz dorada de un sol clarísimo, inundado por el diáfano ambiente de Granada.

Para juzgar de la Alhambra ya se la vea desde la cumbre de los montes, ya desde los valles, ya en su conjunto ya en sus detalles, ya desde afuera ó bien dentro de ella, es necesario verla; la descripción no puede ser mas que un estímulo, para visitarla: obras que reúnen las grandes bellezas del arte y de la naturaleza, no pueden ser retratadas con palabras; se necesitan lienzo y colores, y aun así de la copia á la realidad, tratándose de la Alhambra, hay infinitamente mas distancia que refiriéndose á otro edificio cualquiera.

Hemos procurado describir lo que mirando á la Alham-

bra, se ve desde la Silla del Moro: la alta sierra, los montes de su falda, la Vega, sus límites, sierra Elvira, el Albaicín, los cerros de Santa Elena y de San Miguel.

Debemos permanecer aun en la Silla del Moro, porque si bajamos al cerro de los Mártires, solo veremos en alzada la longitud meridional del castillo, que ya hemos visto en plano; es decir, los muros que preceden á la torre de los Siete Suelos, los que después de esta torre continúan hasta la de las *Prisiones*; los que siguen de allí, conteniendo la *Puerta de los Carros* hasta el torreón y puerta Judicial, y los que terminan en la Alcazaba y sus adarves.

Sobre estos muros en la parte media de la longitud el palacio del emperador, las casas y la iglesia de Santa María.

XVIII.

Debemos permanecer en la Silla del Moro dominando no solo el plano de la Alhambra, sino el de sus alrededores.

Hemos dicho al principiar, que Mohammed-Al-Hhamar, al construir la Alhambra, ó mejor dicho, al proyectar su construcción, porque él no dejó mas que en los principios la construcción de su casbá, de su ciudad real, de su castillo, habia sido á un tiempo, un grande artista un gran capitán, un profundo conocedor de los placeres.

Dejando para después lo artístico y sensual del alcázar que ya tendremos ocasión de demostrarlo cuando penetremos en sus encantados aposentos, concretémonos á lo que la Alhambra debió valer como fortaleza, como pensamiento de un gran capitán, en otros tiempos en que no estaba mutilada y casi destruida.

Un castillo dominado por una altura tan próxima como la Silla del Moro, desde donde pueden penetrar dentro de ella, no ya los disparos de cañón, sino los de fusil, es una fortaleza muy poco fuerte: por consiguiente está muy lejos de ser la obra de un gran capitán.

Pero se olvidaría quien tal dijese, de que la Alhambra estaba protegida por otros castillos.

Tocando á la falda de la Silla del Moro, la Alhambra, separada hoy de Generalife, se unia á él por fuertes muros, que trepaban por la vertiente hasta llegar á la altura: los vestigios indudables de estas fortificaciones existen: Generalife se unia al castillo de los Alijares, que por la dirección marcada por los dos restos de muro que de ellos existen, da lugar á la suposición de que se extendían á lo largo de la Silla del Moro, salvaban el barranco por donde pasa el camino que hoy conduce á Casa Gallinas, donde debió haber una puerta, y continuaban á lo largo en la cumbre del cerro del Sol; desde aquí, debía un sistema de defensa atravesar por el Haza de la Escaramuza, seguir la ondulación del cerro de las *Barreras*, descender al de los Mártires, y unirse al castillo de torres Bermejas.

Que existieron alcázares fuertes y magníficos de una gran extensión sobre las mesetas de sus cumbres en los cerros de la Silla del Moro y del Sol, es indudable: quedan restos de muros, un aljibe, una neumaquia y muchos escombros.

Que desde el cerro del Sol, se prolongase un muro, casi paralelo á la longitud de la Alhambra, hasta enlazarse con las torres Bermejas, es una hipótesis racional, probable.

Solo una escavación, que debiera hacerse, siguiendo los cimientos podría probarlo.

Pero aunque no se encontrasen los vestigios de las fortificaciones que suponemos, resultaría que la Alhambra, como fortaleza, tenia por auxiliares dos castillos: el de torres Bermejas, protegiendo su flanco derecho, tal vez en toda la extensión del cerro de los Mártires, y los Alijares, inmediatos á ella, dominándola, sobre una altura, que ninguna otra altura domina; porque el distante cerro de Santa Elena, no es ya un peligro para la Alhambra.

Era, pues, la casbá real de los reyes de Granada una fortaleza de primer orden, para aquellos tiempos en que naciente é imperfecta la artillería estaba muy lejos de ser un arma formidable.

Para llegar á la casbá era necesario por cualquier parte que se la acometiese, superar empinadas vertientes, salvar asperas quebraduras, después de lo cual, quedaban muros fortísimos que no podían ser combatidos por el ariete.

Que, pues, sentado, que la Alhambra, con sus castillos adjuntos, era en sus tiempos una fortaleza de primer orden, y de una gran extensión: que hoy solo queda en pie una décima parte de las fortificaciones, y una centésima de sus alcázares.

Cuando se considera que toda la falda de la Silla del Moro y la huerta de Generalife, fueron en su tiempo jardines, pabellones, departamentos; cuando por lo que se conoce, por lo que existe, se supone lo desconocido, lo que ha dejado de existir, el que como yo vive otra vida y siente otras emociones dentro de la Alhambra, siente amargura en el alma por aquellas bellezas destruidas.

¿Y quien fue, quien fue, quien destruyó los Alijares? ¿ó acaso los Alijares no han existido jamás sino en la fantasía de los poetas granadinos?

Y sino han existido, ¿á qué población á qué edificio pertenecían esos restos de muros, ese que se llama *Aljibe de la lluvia* sobre la cumbre de la Silla del

Moro; esa profunda y magnífica noria que taladra de arcada en arcada el cerro del Sol hasta llegar al hondo nivel del Darró, y que parece destinada para procurar riego á jardines sobre aquella tierra rojiza donde hoy n un brota yerba?

Si las guerras interiores de Granada produjeron esas ruinas, funestas fueron para las artes: si los reyes moros dejaron arruinar aquellos edificios, ya eran bárbaros los musulmanes españoles antes de ser arrojados al África por los Reyes Católicos.

(Se continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

EL ALCAZAR DE SEGOVIA.

I.

En la cima de una elevadísima roca, cuya falda baña por estrecho y tortuoso cauce el Eresma, que en el profundo asiento de la gran mole se junta con el arroyo Clamores, levántase en la antigua ciudad de Segovia su renombrado alcázar. Noventa y seis varas cuenta de altura sobre el nivel del río y mil doscientas tres sobre el del mar; y completando la natural defensa que aquel la ofrece, rodéale por la parte de la población una honda cava de veinte y cinco varas de profundidad, abierta en la durísima roca; cava que en 1389 se continuó hasta darle setenta y dos pies de profundidad y ocho de ancho desde el puente al mirador, trabajando en él por semana seiscientos sesenta y cuatro oficiales canteros y ciento ochenta peones (1).

Acerca de la primera fábrica de este alcázar, no conserva la historia dato seguro. Hay quien remonta su primera edificación á los árabes, llevados de algunos caracteres propios de su arte, que el mismo alcázar ostenta; pero después que se ha conocido la influencia que el arte musulmán ejerció en el de los cristianos, viniendo á formar un periodo especial conocido con el nombre de gusto mudéjar, no puede ya por este solo dato asegurarse que el alcázar de Segovia debiese su primitiva construcción á los árabes. Mas también por tradición que por noticia histórica escrita, se consigna por la mayor parte de los que se ocuparon del renombrado alcázar, que el rey don Alonso VI levantó aquella fortaleza á semejanza de las que había tenido ocasión de observar en la antigua corte de los godos, Toledo, conquistada por su cristiano esfuerzo á los mahometanos. Difícil es hoy encontrar las huellas de la primitiva construcción en aquel edificio tantas veces restaurado, al través de las pesadas pizarras que le cubren, las escorias de hierro que como extraño adorno se encuentran en la parte exterior de sus muros, los chapiteles de sus diez y seis cubos (2), y la ornamentación que interiormente viste sus espaciosas cámaras. La disposición general del edificio, algo recuerda la manera árabe; pero así los trabajos ornamentales que rodean el torreón principal, como los que prestan apoyo á las avanzadas defensas de los muros y cubos, mas bien revelan la época de su reparación en el siglo XV, y el reflejo del arte ojival dominante á la sazón, que la influencia del mudéjar estilo. No por esto dejamos de creer que en tiempo de los árabes, cuando Segovia era importante población musulmana, hubiera existido en el mismo punto que hoy otra fortaleza, quizá pudiera haber sido edificada como algunos asientan por el califa cordobés Abd-el-Rahaman III, lo que parece comprobar el árabe nombre de alcázar que aun conserva y la ventajosa situación que ocupa, tan propia del sistema de fortificaciones seguido en aquellos siglos; pero como ya hemos indicado, en lo que hoy existe, no encontramos motivos para afirmar, como dice el coronel don Joaquín de Góngora en su curioso manuscrito titulado *Descripción de la ciudad de Segovia* (3), que el alcázar sea «fortaleza y real palacio que se conserva en Castilla del tiempo de los árabes.» Lo que si consta sin género de duda es, que desde 1412 á 1438 sufrió una casi completa reedificación la fortaleza, durante los reinados de don Juan II y Enrique IV, espidiendo este, en 1460, real cédula ordenando al alcaide del alcázar guardase la pesca del río Eresma en un espacio de siete leguas desde su nacimiento imponiendo á los contraventores pena de 600 maravedís aplicados á la obra del alcázar.

Nueva restauración sufrió el antiguo edificio durante el reinado de Felipe II, restauración que, en los treinta años que tardó en hacerse, fue dejando bien marcadas las huellas de la escuela de Herrera.

Larga y detenida descripción merece aquella antigua fortaleza, pero antes de ello no creemos fuera de propó-

sito consignar algunos recuerdos para enriquecer su historia; y como la noticia de sus alcaldes así va enlazada con ella como con los timbres de nuestras glorias en las de muchas familias castellanas, vamos á consignar en este sitio los nombres de los diferentes alcaldes que el alcázar tuvo.

La mas antigua noticia que de dichos alcaldes se conserva, es de haberlo sido un Juan Hurtado de Mendoza, padre de otro del mismo nombre, mayordomo mayor del rey.

Su hijo, lo fue igualmente en 1399.

Ruy Díaz, hijo de este, en 1439.

Don Juan Pacheco, en 1441.

Don Pedro Giron, en 1443.

Hasta esta época los alcaldes unían tambien el cargo de gobernadores.

Pero de Mucharás, en 1456.

Juan Daza, en 1467.

Don Andrés de Cabrera y doña Beatriz de Bobadilla, marqueses de Moya, en 1470; continuando en sus sucesores la alcaldía perpétua de Segovia, por merced de Enrique IV, á que añadieron después los Reyes Católicos los oficios de Justicia mayor y jurisdicción civil y criminal de la ciudad y tierra de Segovia, y el condado de Chinchón.

Como descendientes de esta casa, fueron alcaldes:

Don Fernando de Cabrera y Bobadilla, en 1520.

Don Pedro Fernandez de Cabrera y Bobadilla, en 1566.

Don Diego, de iguales apellidos, en 1577, reuniendo tambien á sus cargos el título de tesorero de la Casa de moneda.

Don Pedro Fernandez de Cabrera y Bobadilla, en 1599, en cuyo mismo año obtuvo el título de alférez mayor.

Don Luis Gerónimo Fernandez de Cabrera y Bobadilla, en 1608.

Don Francisco Fernandez de Cabrera y Bobadilla, en 1637.

Don Enrique de Benavides y Bazán, por casamiento con doña Francisca de Castro Cabrera y Bobadilla, en 1680.

Don Julio Saveli Fernandez de Cabrera y Bobadilla, príncipe de Albano, en 1683.

Por secuestro de los Estados del príncipe de Saveli que se pasó en Nápoles á los ejércitos del archiduque en 1707, el marqués de Almonacid desempeñó la alcaldía interinamente en el mismo año.

El cardenal de Molina, á nombre del infante don Felipe, en 1738.

El infante don Felipe por real cédula, en 1740.

El infante don Luis, tambien por real cédula, en 1761.

Fue prerogativa de estos alcaldes el alzar estandarte en las proclamaciones de rey en el alcázar y ciudad.

Tambien constan como tenientes de alcaide, los siguientes:

Diego de Villaseñor, en 1448.

Diego del Castillo, en 1507.

Melchor Cambrón, en 1514.

Don Diego de Cabrera y Bobadilla, en 1520, el cual defendió el alcázar en favor del emperador Carlos V, cuando las guerras de las Comunidades, sufriendo seis meses de sitio.

Don Gerónimo de Villafañe, en 1568.

Don Alonso Moreno, en 1570.

El capitán Pedro de Samaniego, en 1572.

Blasco Bermudez, en 1577.

Juan Bermudez, en 1593.

El capitán don Sebastian Martinez, en 1707.

Don Antonio Gonzalez Clavo, en 1713.

Don Pedro Gomez Sarria, interino en 1716.

El capitán don Lorenzo Miguel de Serantes, en 1727.

El coronel don Horacio Cocentino, en 1762.

El coronel don Francisco Torija, en 1772.

El coronel don Juan Gerona, en 1790.

—Dentro de la torre mas elevada del alcázar, titulada de Don Juan, porque ó bien se edificó ó fue totalmente reparada en el reinado de don Juan II, sufrieron mas ó menos larga prision notables personajes, cuyos nombres debemos consignar, hoy que estamos apuntando los recuerdos históricos de este edificio.

En ella estuvieron en 1448 por mandado del mismo don Juan II, don Fernando Alvarez de Toledo, conde de Alba, y Pedro de Quiñones, que se hicieron sospechosos al rey.

En 1554 el dean de aquella catedral y cuatro canónigos, por cuestiones de competencias con el obispo don Gaspar de Zúñiga.

Tambien allí estuvo cautivo el desgraciado Montigni, hermano del conde de Horno, en 1566.

A consecuencia de las guerras de sucesión, hubo hasta treinta y ocho prisioneros, de los cuales cinco murieron en la torre, siendo la mayor parte extranjeros: solo se encuentran entre ellos los nombres españoles de don Valero Fernandez de Heredia, don Miguel Pons de Mendoza y el consejero de Indias, don Manuel de Silva. Consérvanse en el archivo de la alcaldía repetidas órdenes encargando prevenciones de suma vigilancia al alcaide, y mencionándose en una de ellas la escolta de cincuenta caballos con que algunos de estos prisioneros se condujeron desde las fronteras de Francia.

Aunque ignorándose la época de su entrada y la causa

de la prision existen órdenes en el mismo archivo previniendo que se amengüe la comida, que no se permita escribir, que en nada se contemple, y que no se consienta salir del encierro á un padre fray Agustín de le Marchand, flamenco, de quien consta por justificación autorizada que murió en la prision por noviembre de 1735.

No menos rigurosas son las órdenes que existen relativas al duque de Riperdá, pues en ellas se encarga no se le permita escribir ni aun á su mujer; que el alcaide reconozca hasta el tabaco que se le sirva; que cumpla con la iglesia en la capilla, sin mas testigos que su ayuda de cámara, confesor y alcaide, que concluido el acto vuelva al encierro, y que durante su pesada enfermedad no le visite mas que un médico de confianza; triste estado que duró desde 1726 hasta 1728 en que le facilitó su fuga á Portugal la criada del alcaide, Josefa Ramos, y el cabo de la guardia de inválidos, quedando el ayuda de cámara en la prision por su amo y perdiendo el alcaide su empleo y su libertad, pues sentenciado fue á prision perpétua.

Tambien guardaron los fuertes muros de este alcázar hasta once *arraezes* que la tradición cuenta como hechos prisioneros por las galeras de Malta unos, y otros por don Antonio Barceló. Las noticias de aquel archivo fijan sus nombres, cuentas y épocas en que se les surtia de vestuario. La muerte de *Serseli*, *Hamed* el Tunecino y *Honnurrechen* en 1765, 73 y 79. La prision en su fuga de *Hamed* alias el Manco, *Arbi* y *Ametres* en marzo de 1773.—La conduccion á Toledo por demencia de *Saim-Salá*, tripolino, en 1774.—La embriaguez y riña de *Cassino* y *Hamet-amor* en 1775; y la conduccion con escolta á cargo del gobernador de Cartagena de *Agi-Useim* y *Hamet-arnaut*, en julio de 1779.

Desde el año 1764 fue destinado el alcázar para Academia del real cuerpo de artillería, debiéndose su erección al señor don Carlos III bajo la dirección del Excelentísimo señor conde de Gazola, estableciendo en Segovia la capital del quinto departamento de dicha arma.

La solemne apertura de este colegio tuvo lugar el 16 de mayo del referido año, pronunciando la oración inaugural el padre Antonio Eximeno, de la Compañía de Jesús, profesor del mismo establecimiento. En 1808 con motivo de la invasion francesa se fue trasladando sucesivamente el colegio á la Coruña, de allí á Sevilla, á Cádiz, á Mahón y á Palma de Mallorca, hasta que terminada la guerra volvió al alcázar. En 1823 pasó á Badajoz, y en breve fue disuelto, dándose á los cadetes licencia indefinida. A los dos años algunos de ellos, admitidos á purificación, continuaron sus estudios en una academia que se formó en el parque de Madrid, y restablecido el colegio en 1830 en Alcalá de Henares, á los siete años tuvo que retirarse á la corte con motivo de la invasion carlista, permaneciendo en esta villa hasta el año de 1840 en que se le volvió al alcázar de Segovia.

El régimen de este establecimiento, la instrucción que en él se da y el porvenir que su estudio proporciona á los que se dedican á aquella noble carrera, puede verse en una instrucción que se facilita en las oficinas del ramo en todas las capitales de departamento.

Terminados los recuerdos históricos que encierra este edificio, en el artículo siguiente nos ocuparemos de su descripción, cerrando el presente con los nombres de dos discípulos de aquel colegio de artillería. En la escuela del alcázar de Segovia aprendieron el heroísmo, según la acertada frase del coronel Góngora los capitanes don Luiz Daoiz y don Pedro Velarde.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

LA ESCENTRICIDAD.—LOS ESCENTRICOS.

IV.

(CONCLUSION.)

«El día en que los ingleses hayan perdido sus whims, sus oddities y sus escentricidades, ó lo que es lo mismo, sus hábitos de independencia individual, puede darse por concluida la Gran Bretaña.»—Así decía un inglés anciano con quien trabé relaciones en uno de los cafés mas concurridos de París, en el año de 1842, y que me invitó á visitarlo en su casa de Londres. En efecto, habiendo tenido ocasión de pasar á aquella ciudad, fue uno de mis primeros cuidados el cumplirle mi palabra. Este hombre, que conocia perfectamente á sus paisanos, tenia una afición particular á los estudios históricos, y se habia consagrado á un ramo especial: la historia particular de la escentricidad y los escentricos. Tenia reunidos, en una casa de campo, numerosos volúmenes que contenian su *Biografía de los escentricos*, la cual ocupaba los estantes de dos espaciosos salones cuyas paredes estaban revestidas con multitud de retratos. Representaban estos los personajes de los libros. Habiendo ojeado el primer tomo, ví que estaba dedicado á las biografías de los escentricos religiosos. En el segundo los escentricos de filibustería nocturna á cuyo número corresponden Jemmy Cower. En el tercero, los escentricos de erudición. En el cuarto, las mujeres originales. En el quinto, los extravagantes en poesía. En el sexto, las originalidades de los pintores. En el sétimo, las origi-

(1) Asi consta de las cuentas de dicho año que con otras muchas y muy voluminosas desde el de 1570 hasta el de 1596, se conservan en el archivo del Alcázar. Como dato para el progresivo aumento que ha ido sufriendo el salario de los trabajadores, no creemos fuera de lugar transcribir el corto precio que ganaron los que abrian tan difícil y peligroso foso. Los oficiales se pagaban á 4 reales y medio y los peones á 2.

(2) Las dos cruces de los cubos sobre la cava importaron 41,140 maravedises, teniendo de peso cuatrocientas ochenta libras: la armadura de los chapiteles costó 54,800 maravedises. (Cuenta en abril de 1586.)

(3) Consérvase una copia de él en la Real Academia de la Historia.

nalidades vulgares. En el octavo los escéncricos célebres; y en los restantes, biografías de los escéncricos ingleses en general.

En esta biblioteca estravagante estaban reunidos todos los productos de esa demencia incompleta ó de esa individualidad independiente á que se da el nombre de

en su viaje no habia profundizado mas que una ciencia; la culinaria ó sea los diferentes sistemas de cocina. De regreso á Lóndres, y habiendo muerto su padre que le dejó una inmensa fortuna, se consagró al objeto especial de sus estudios y montó su casa en los términos mas apropiados á su objeto. Todos sus criados eran com-

habia dedicado á jugar á la lotería. Cuando le favorecía la suerte daba fiestas magníficas en sus jardines y hacia inscribir en las papeletas de entrada estas palabras:

Recuerdo de las sonrisas de la fortuna.

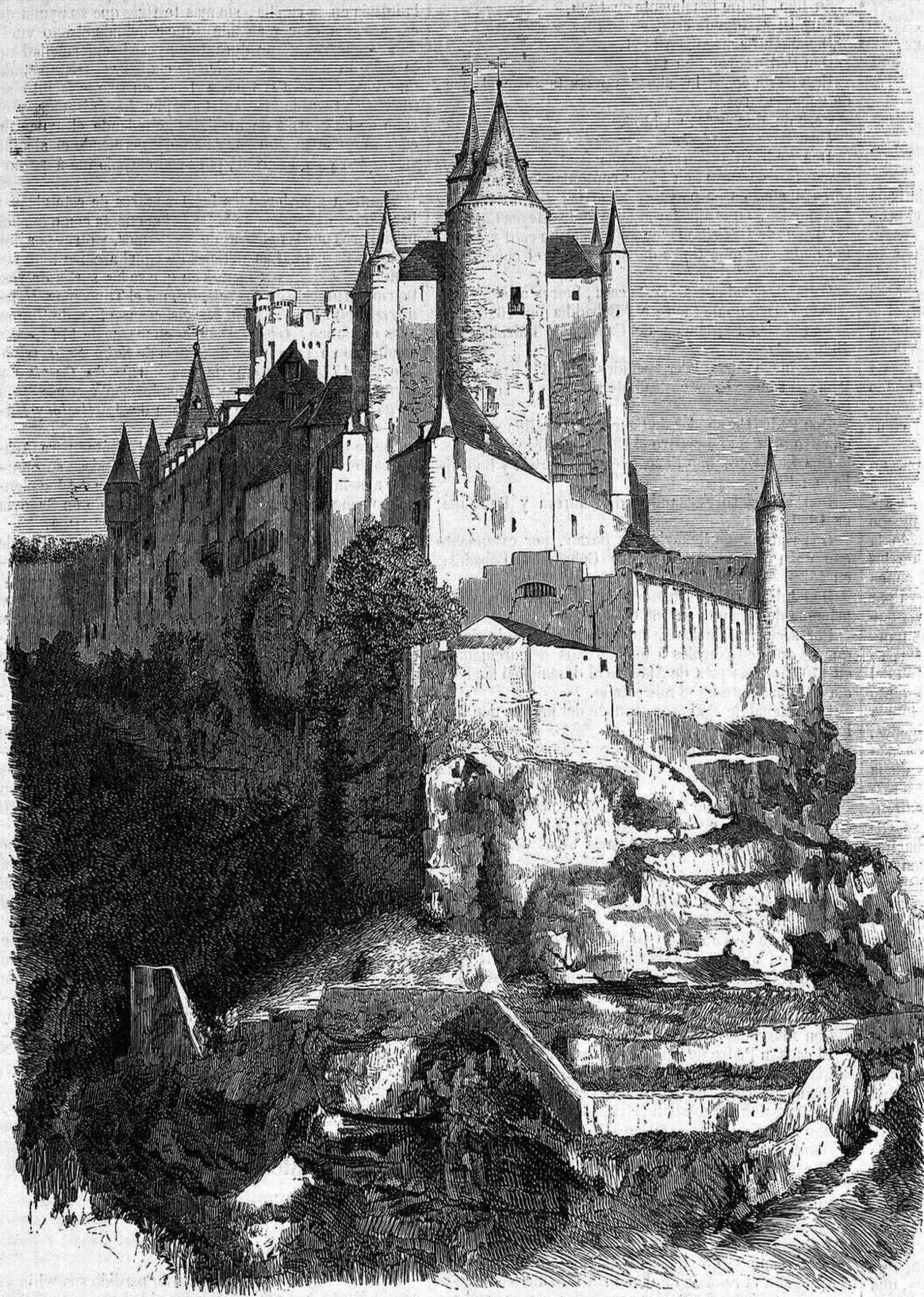
Este ciego adorador del acaso le habia sacrificado sus rentas, y se encontraba reducido á la miseria, cuando, habiendo tomado prestadas dos libras esterlinas, las jugó á la lotería y ganó veinte mil; pero habiéndolas vuelto á jugar, lo perdió todo y murió pidiendo limosna.

Otro, llamado *Mañana* lo dejaba todo para el día siguiente y en su diccionario no se conocia la palabra *hoy*. —Tenia que montar á caballo, ajustar sus cuentas, casarse, reparar su casa, —*mañana*; —sus perros, sus trenes, su biblioteca, debían servirle, *mañana*. En fin, se murió de ochenta años sin haber dejado un solo instante en considerarse cazador, ginete, miembro del parlamento y literato, aunque no habia disparado una escopeta, pedido un voto á ningun elector, escrito una carta, ni montado un caballo.

Un platero de Lóndres, que se habia hecho millonario, tuvo la manía de ejercer la profesion de mendigo y pasó en ella quince años de su vida. Era conocido en los alrededores de Lóndres por el *hombre del perro*, y habiendo inferido cierta ofensa á un vecino de Mithan, lo condenó el juez de paz á ser azotado en público, por lo cual, en su testamento, habiendo dejado mandas á todos los pueblos del condado, excluyó aquel donde sufrió el tal castigo. —Pero la escena mas dramática á que han dado asunto los escéncricos es la gran revolucion de los gatos ocurrida en Chester, quince años ha.

Todos conocen este pueblo por la gran celebridad de sus quesos. Pocos dias despues del embarque de Napoleón para Santa Elena, se leía en todas las calles y plazas el anuncio siguiente: —«Muchas familias distinguidas disponen su viaje para Santa Elena, donde piensan fijar su residencia; y como el inmenso número de ratas que pululan en aquella isla la hacen incómoda y peligrosa, el gobierno inglés ha resuelto esterminarlas, y al efecto se propone hacer un acopio considerable de gatos en el mas corto espacio de tiempo posible.» —Y el que firmaba el anuncio suponía estar encargado de esta comision y ofrecía pagar los gatos á muy buen precio: diez y seis chelines por un macho en buena salud; diez chelines por cada gata y tres chelines cada gatillo en disposicion de correr, beber leche y jugar con una madeja de hilo. A los dos dias de publicado este anuncio entraban por las calles de Chester un sin número de viejas y muchachos cargados de sacos llenos de gatos. Todos los caminos, veredas, calles y callejuelas estaban ocupadas por tan singular procesion, y antes de anochecer se encontraban congregados en Chester mas de tres mil gatos dando lastimeros maullidos en direccion á la calle que habia indicado el prospecto. Era esta estrecha y los gatos maullaban todos á un tiempo. Como los sacos chocaban unos con otros, el concierto infernal iba *crescendo* y mezclándose con él los gritos de las mujeres y de los chiquillos, los ladridos de los perros y la gritería de los vecinos formó una especie de pandemonium que alborotó á la antigua ciudad de Chester. Mientras los gatos prisioneros entonaban el canto de guerra, sus conductores reñían y *boxaban* furiosamente convirtiendo aquello en un campo de Agramante de que no tuvo idea el mismo Ariosto.

Quando las cosas habian llegado á este punto, acudieron los pilluelos de todas las calles inmediatas, desataron los sacos y dieron libertad á los prisioneros. Aquí fue Troya: unos saltaban á la cara de sus opresores y sacudían con gatuna desenvoltura el yugo del esclavo; otros se subían á los balcones y corrían, de uno á otro, toda la callejuela; aquellos se introducían por las rejas y ocupaban como conquistadores las succulentas cocinas; y por último, llegó á tanta confusion y el ruido, que, estendiéndose de calle en calle y de barrio en barrio por toda la ciudad, puso en conmocion á los vecinos difundiendo como un meteoro eléctrico por todos los ámbitos.



EL ALCÁZAR DE SEGOVIA. (DE UNA FOTOGRAFÍA DEL SEÑOR CLIFFORDT.)

estravagancia. Veíanse allí nombres célebres y oscuros, astrólogos y geómetras, mendigos y reyes, pobres y millonarios, comerciantes y cómicos; fragmentos de poesía, trozos de música, grabados, acuarelas, productos del pincel, del buril ó del lápiz. El propietario me permitió tomar algunas notas que solía interrumpir con discretas observaciones.

—«Es de notar, decía, que el último tercio del siglo XVI y una gran parte del XVIII son muy fecundos en escéncricos ingleses, y que estas épocas, las mas brillantes quizás de nuestros anales, las de mayor gloria, prosperidad y reposo, son aquellas en que la escéntrica predomina confundiendo con la fortuna de la Gran Bretaña.»

Despues de haber recorrido el índice de la biblioteca, tomé al acaso uno de aquellos volúmenes y tropicé con la biografía del rey de los gastrónomos: llamábase Rogerson y habia viajado por Europa cuando jóven; pero

cineros. Ayudas de cámara, cocheros, lacayos, todos eran mas ó menos inteligentes en cocina. Pagaba además tres cocineros italianos, tres franceses y uno alemán, de los cuales un italiano estaba dedicado exclusivamente á disponer un plato fiorentino llamado *dolze piccante*. Tenía un correo siempre en camino desde la Bretaña á Lóndres para traerle huevos de perdiz de *Saint Malo*. Había plato que le costaba cincuenta guineas. Entre las comidas no se ocupaba mas que en contar los minutos que lo separaban de la comida inmediata. En nueve años devoró toda su fortuna en la acepcion literal de la palabra; es decir, que su estómago habia engullido ciento cincuenta mil libras. Reducido á la mendicidad, lo encontró un amigo y le dió una guinea. Compró con ella un faisán, lo guisó él mismo, segun las reglas del arte, y despues de comerlo y haber hecho la digestion, se suicidó arrojándose en el Támesis.

Otro escéntrico cuya manía era menos sensual, se

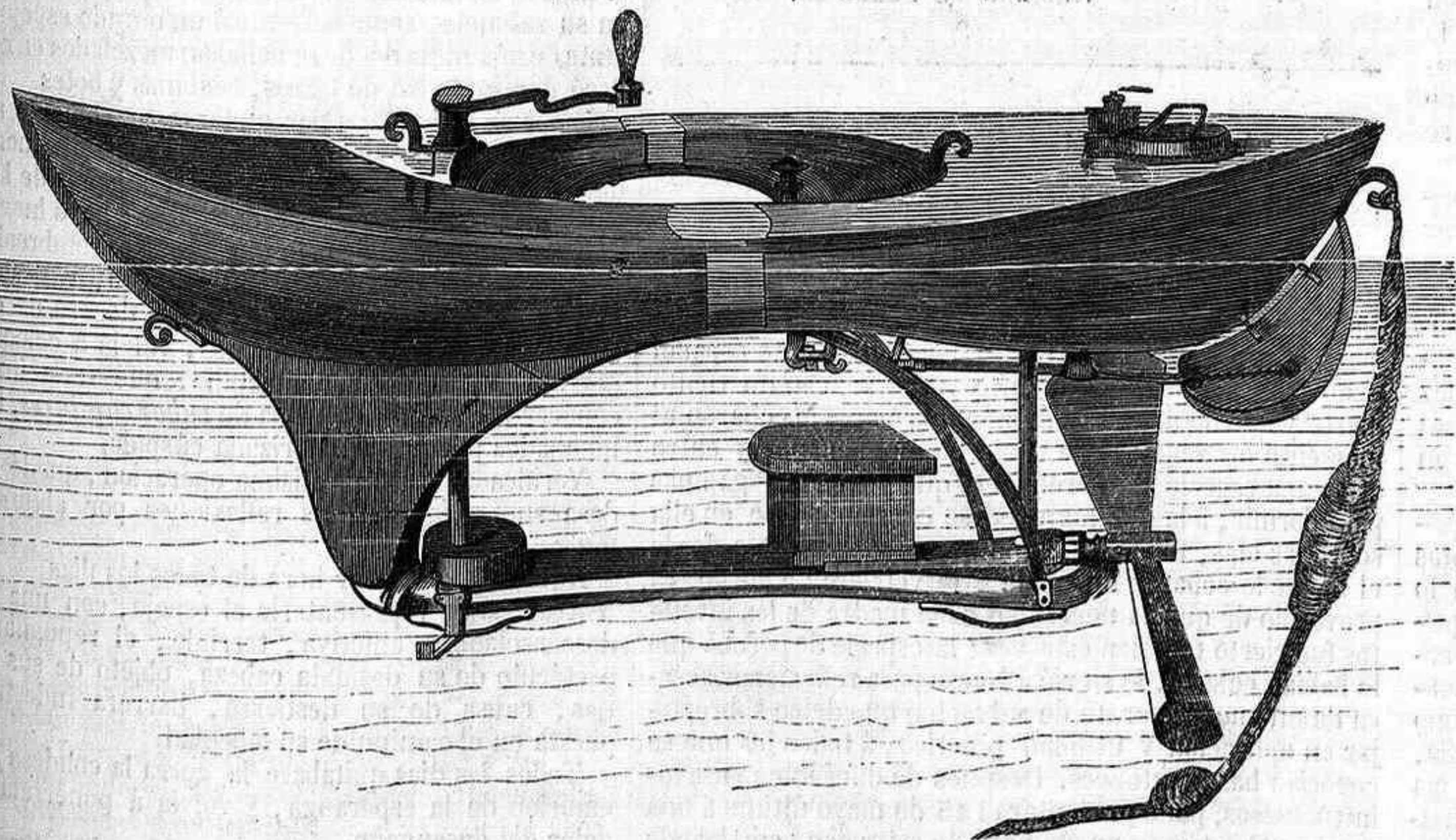
Todavía conservan las tradiciones locales el recuerdo de aquel espantoso suceso comentado por los poetas de buen humor y transmitido de padres á hijos hasta nuestros días. Lo que no hemos podido averiguar, á pesar de nuestras mas prolijas investigaciones, es el nombre del estravagante ingenioso que concibió este chistoso y fecundo drama; pero, llámese como se quiera, debía ser un hombre muy original, y los ingleses le apellidan el revolucionario de Chester.

No se recorre una sola calle en la capital de Inglaterra sin encontrar alguna escentricidad notable. En la de Exeter-Change hay un vendedor de bastones que entre los infinitos objetos de que su almacén está provisto, látigos, juncos, cajas de tabaco, objetos de marfil esculpido, bambúes y nueces de coco labradas, conserva una cara de marfil con luengas narices cubierta por un sombrero aplastado. Esta cabeza fantástica y estravagante, está colocada de puño en un bastón y representa el retrato de Tomás Coryate, viajero del siglo XVI, tan célebre por su fealdad y estravagancia que los artistas de su tiempo se disputaron la gloria de esculpirlo. Esto dió origen á los bastones á la Coryate que hoy se venden á precios fabulosos. Coryate atravesó á pié todos los países de Europa, y publicó la relacion de sus viajes con este título: «Bestialidades tragadas al paso en un viaje de cinco meses.» El autor sabia doce lenguas, y se jactaba de haber hecho calar á una mujer hindua con quien habia tenido una disputa.

No hay viajero que haya visitado á Margate y no haya oído hablar del viejo Lowell. Este hombre se encontraba en todas partes, y ha quedado su nombre tan unido al de su ciudad natal, como el de Napoleon á la Isla de Córcega. Era sastre, y habiéndose enriquecido en su oficio, tenia siempre en su guarda-ropa cincuenta vestidos completos. Siendo ya casi millonario, compró en la isleta de Thanet, una magnífica propiedad del mas estravagante aspecto. Desde la reja de entrada hasta las veletas de la torre, todo representaba instrumentos accesorios de la caza, porque esta era su monomanía desde que dejó la aguja. En las ventanas se veían esculpidas cabezas de jabalí; cubrían el pavimento pieles y despojos de reses muertas en la caza; y las paredes estaban llenas de cuadros que representaban escenas venatorias. El antiguo sastre, se habia acostumbrado á no hacer nada como los demás: tenia un caballo favorito llamado Brucher al cual habia enseñado á seguirlo como un perro; y era de ver mi buen hombre vestido de pies á cabeza de terciopelo encarnado, marchar gravemente por los paseos de Margate fielmente seguido por su dócil cuadrúpedo y un lacayo vestido como su amo llevando en la mano una in-



ALHAMBRA DE GRANADA.—TORRE Y PUERTA JUDICIARIA.



APARATO DE SALVACION, POR EL PILOTO NASSO.

mensa pipa de espuma de mar, y sonriendo majestuosamente á los transeuntes que se burlaban abiertamente de aquel mamarracho.

En sus viajes á Londres trocaba su vestido de terciopelo encarnado por otro negro de la misma tela; y en las visitas que hacia á sus amigos, se colgaba al pecho una gran espetera llena de todas las cruces reales é imaginarias de Europa. El que lo veía por primera vez lo tenia por un personaje eminente: unos se figuraban ver en él á un ministro prusiano; otros lo suponían miembro de alguna de las familias reinantes de Alemania, y no faltó quien lo creyese plenipotenciario del emperador de la Gran Tartaria. Las mujeres le dirigian ojeadas furtivas encaminadas al corazón del fastuoso príncipe. Cuando murió lo lloró mas de una señorita que habia soñado con la ambiciosa idea de conquistar el título de archiduquesa.—Encontróse un día á un amigo que le preguntó el significado de sus infinitas cruces, suponiendo que eran condecoraciones extranjeras que le habian concedido los soberanos de Europa. «Son respondió, medallas de todos los clubs á que pertenezco, pues casi todos los de Inglaterra me cuentan entre sus miembros. Esta es la

medalla de los lunáticos, esta la de los druidas, estas la de los cabritos y la de los gatos flacos. Soy también caballero del águila, conde de la coliflor, y duque de las espinacas. Pertenezco á la órden de los cometas y á la de los caballos sin cola, y tengo derecho para llevar todas mis medallas.»—En efecto, á cada paso que daba, se oía un ruido indefinible de cobre, plata y plomo.

Como digno complemento de una vida tan singular, nuestro sastre cuando se vió cerca de los ochenta y un años, envió á buscar á un antiguo amigo suyo, el carpintero Amerall que vivía frente á la iglesia.

—«¿Qué se os ofrece?» le preguntó este.

—«Que me tomeis medida.» Necesito hacerme el último vestido, y es menester que lo pongais por obra. Caoba de primera calidad, bisagras de plata, cerradura y llave del mismo metal. En la tapa, y en frente del sitio donde se colocará mi cabeza, hareis un agujero ovalado, y fijareis en él un pedazo de cristal muy sólido.

El féretro esperó todavía dos años á su dueño. Lowell lo visitaba una ó dos veces á la semana, y dos días antes de morir escribió al carpintero la siguiente carta:

«Mr. Amerall, preparadme la casa, repasadla con la escoba y los plumeros. El sábado último me pareció que no estaban bastante limpias las manillas. Hacedme el favor de limpiarlas con mas cuidado.»

Dos días después había dejado de vivir.

Thomas Day, autor de *Sandfort* y *Merton*, libro de una reputación europea, era un hombre excelente, muy original, que se propuso formar él mismo á la mujer que había de ser su esposa. Comenzó por escoger en una escuela de caridad dos chicas bonitas y de buenas cualidades; pagó por ellas el precio convenido y las llevó consigo á su casa, decidido á casarse con aquella que mejor le pareciese en lo sucesivo. El experimento salió á las mil maravillas. Lucrecia y Sabina (nombres con que las había bautizado) crecieron y se desarrollaron bajo sus auspicios, prosperaron con sus cuidados, correspondieron á los deseos y á los esfuerzos de su director, llegaron á ser hermosas y prudentes; es mas, las dos fueron excelentes esposas y madres.

Desgraciadamente nada de esto fue en provecho de Thomas Day, á quien rehusaron las ingratas porque tenía cincuenta años.

Pero no satisfecho, volvió á hacer igual experimento, y Camila y Vesperia imitaron el ejemplo de Sabina y Lucrecia. *Love's labour lost* (SHAKSP.)

Stukeley, hombre rico, solitario y extravagante, se dedicó á buscar el movimiento perpétuo, y cuando se convenció de que era una quimera, abandonó su estudio, pero no cambió de costumbres. Nunca dejó que le hiciesen la cama; se lavaba las manos veinte veces al día, pero nunca la cara ni el cuerpo; sus criados eran dos mujeres, una que vivía dentro de su casa y otra que habitaba fuera. Habiéndose dedicado algun tiempo al estudio de las hormigas, infestó de ellas todo el vecindario.

Cuando el duque de Marlborough abría las trincheras en Flandes, nuestro sabio lo imitaba paso á paso, y después de trazar con yeso en la pared el plano de todas las ciudades que atacaba el general, tomaba el pico y destruía él mismo los tabiques, siguiendo exactamente las instrucciones de la *Gaceta* y los movimientos del general. Cada ciudad le costaba un tabique.

No tenía en su cuarto sillas ni sillones; había mandado abrir un agujero delante de la chimenea y colocaba en él las piernas cuando se sentaba en el suelo. Nunca consiguieron sus colonos que recibiese el importe de las rentas; los hacía esperar en una posada inmediata á su casa, y les pagaba el gasto cuando se le antojaba despedirlos. No era menos original en el modo de gobernar su casa. Después de haber seguido en Londres la carrera de abogado, dejó al marcharse junto á la puerta de su antecámara una maleta vieja tan deteriorada, que nadie fijó en ella la atención. Una docena de estudiantes habitaron sucesivamente aquel cuarto sin hacer caso alguno de la maleta; pero al fin el último mandó á su criado que quitase de en medio aquel estorbo. Cayó al suelo, y como estaba podrido, se abrió y rodaron 700 monedas de oro y unos papeles que pertenecían á N. Stukeley.

Este hombre singular, en lugar de encerrar su dinero, lo apilaba en un rincón de la cocina; y llegó á reunir en su cuarto, donde nunca entró ningún criado, cerca de 3,000 guineas. Un día entró un muchacho; una parte de aquella suma estaba sobre una mesa, á la cual faltaba un pie, y habiendo tropezado en ella el chico, rodaron las monedas y se derramaron por el suelo. En diez años que vivió después Mr. Stukeley no levantó la mesa ni recogió las guineas, contentándose con apartarlas con el pie para abrirse camino desde la puerta á la cama.

Swift era también un hombre muy original. A un pobre zapatero que le había hecho esperar un par de botas lo tuvo encerrado una noche entera en su parque en lo mas crudo del invierno. A una criada que le había pedido licencia para ir á un baile y no había cuidado de cerrar la puerta, la obligó á que viniese á cerrarla suspendiendo una contradanza. Cuando visitaba á algun colono y le parecía demasiado rico su traje ó el de su familia, rompía los galones de sus vestidos, ó los encajes de las señoras y les enviaba al día siguiente su valor en instrumentos de labranza y en vestidos groseros. Los certificados de matrimonio que firmaba como síndico eran generalmente epigramas en verso contra los novios, y so-

bre todo contra el matrimonio. Aquel hombre de rara inteligencia y sarcástico en el mas alto grado era además extraordinariamente feo, y causó la muerte de sus dos mujeres que eran muy lindas á quienes consumió con sus epigramas y sarcasmos.

Lord Turkey tenía entre otros varios caprichos la singular manía de variar de mil maneras los tiros de caballos. Un día se le antojó hacer tirar una carretela por cuatro gamos; estos marchaban bastante bien y admiraban al público por su disciplina. Mas de repente acierta á pasar una trailla de perros que se instruyen por el olfato de la presencia de los gamos. Convirtiéndose aquello en una verdadera partida de caza. Los gamos corrían á mas no poder, los perros seguían furiosamente la pista, y lord Turley, perdida la esperanza de sujetar el tiro llegó á dar por terminada su existencia. Arrastrado con la rapidez de un relámpago, el carruaje estaba próximo á inflamarse y terminar como el carro de Faetonte. Felizmente se encontró en el camino una quinta donde solía parar y lanzándose los gamos de un salto en el patio hubo tiempo para cerrar la puerta á la trailla de perros.

El famoso John Price se casó sucesivamente con tres mujeres; había hecho embalsamar á las dos primeras y colocarlas como estatuas á los lados de su cama; pero habiendo tratado de casarse con la tercera, se asustó esta y no quiso darle su mano hasta que mandó enterrar las dos momias.

La avaricia da asunto á una larga lista de escéntricos. El doctor Monsey la llevaba á tal extremo que, teniendo en una ocasión que sacarse una muela la ató con una cuerda de guitarra y sujetó la extremidad libre á una bala agujereada con la cual cargó una pistola. Al dispararla salió necesariamente la muela. Distinguiase entre los muchos escéntricos que produjo el primer tercio del siglo XVIII.

—La historia de sus billetes de banco es muy conocida. Como era tan avaro, no sabía donde ocultar los billetes, y un día se le ocurrió esconderlos en el fogón de la chimenea. Al volver á casa encontró que la criada había encendido fuego y los billetes estaban reducidos á cenizas. El pobre hombre se lanza furioso á la chimenea y echa sobre las llamas toda el agua que encuentra á mano. La cocinera se enfada y le dice que va á echar á perder la chapa de acero que rodea el fogón.

—«Maldita seas tú y tu té,» esclama el avaro, «me has arruinado. Has quemado mis billetes de banco.»

—«¿Y quién diablos podía creer que habíais metido los billetes de banco en el fogón?»

—«¿Y á quién diablo se le ocurre encender la chimenea en el mes de julio?»

Medio llorando y medio riendo nuestro avaro se puso á desenterrar muchos pedazos de papel medio tostados, y reuniendo aquellas nuevas chuletas, las llevó á casa del primer ministro lord Godolphin, entró en su despacho sin anunciarse, y blasfemando le mostró sus billetes refiriéndole la aventura con tantos gestos y con tan enérgica elocuencia que este después de ofrecerle que apoyaría su pretension para que se le reembolsase el valor destruido, se fué apresuradamente al rey, á quien agradaban mucho las originalidades, y le refirió la aventura. Rióse mucho Jorge III y quiso absolutamente presenciar desde un gabinete inmediato la escena que debía representarse al día siguiente. Ocultóse en efecto, y estuvo el avaro tan chistoso en sus exclamaciones que no pudo el rey contener una carcajada. Precipitándose entonces Monsey á la puerta, reconoce á S. M. y esclama.

—«Si, si, reid como vuestro ministro; yo también me reiré cuando hayais perdido 500 libras esterlinas.— En Londres no se hablaba mas que de los billetes quemados, y tuvo tanto eco la aventura que concluyó por abrirse una suscripción que reembolsó al avaro de su pérdida.»

RICARDO DE FEDERICO.

EL APARATO DE SALVACION

INVENTADO POR EL PILOTO NASSO.

Hace veintisiete años que el inventor de este aparato después de haber concluido su tiempo de servicio en la marina de guerra austriaca, tuvo la desgracia de caer al mar, yendo de marinero en un buque mercante español que hacía el viaje entre Cádiz y Almería, con un viento fuerte y mucho mar. Los demás marineros le echaron al momento los objetos que tuvieron mas á mano, y entre otras una especie de percha en que ponen las gallinas para dormir, á la que logró asirse conservándose en ella sobre las olas, todo el tiempo que pasó hasta que desde el buque le echaron un cable y le volvieron á bordo. El proverbio de que la necesidad es la madre de los inventos fue cierto también esta vez: la especie de percha que le habían echado, le sirvió á Nasso para reflexionar acerca de un nuevo aparato de salvacion que debía sobrepujar en aplicacion y utilidad práctica, á todos los que se conocían hasta entonces. Después de diferentes ensayos infructuosos, pudo presentar el 15 de mayo último á una comision técnica su nuevo bote de salvacion, empleando en él todos los medios diversos que corresponden al fin propuesto de un modo tal, que no deja nada que desear.

El aparato tiene dos partes, la superior forma un bote impermeable cubierto con planchas de cobre y de nueve pies de largo; en medio tiene una abertura redonda por la que puede pasar un hombre. La parte inferior que se halla debajo de la superficie del agua y no está cerrada, se halla sostenida por la superior por medio de barras de hierro. En el sítio de esta parte inferior, hay asegurado un taburete para que el naufrago pueda sentarse de modo que la parte superior de su cuerpo salga por la abertura de la parte de arriba del aparato que forma el verdadero bote. En la popa de este hay un resorte que se mueve por medio de un manubrio y hace andar cuatro y media millas marinas por hora, aun habiendo mucho mar, á este pequeño buque que no pesa mas que ciento quince libras. Tiene también un pequeño timon para poderle dar la direccion que se quiera. Sentado el naufrago en su taburete puede manejar al mismo tiempo el manubrio y el timon. En la parte cerrada de la popa hay una pequeña despensa donde pueden tenerse provisiones y agua para cuatro ó cinco días. En la parte exterior de la popa hay asegurados varios anillos á los que están atadas cuerdas de modo que en un naufragio, se pueden asir al bote y salvarse cinco ó seis individuos mas. El bote puede echarse al agua con la mayor facilidad y también disponerse á bordo; aun con el oleaje mas violento puede moverse en todas direcciones y servir para salvacion de muchos hombres. Además es tan conveniente y proporcionado que cada buque mayor podrá proporcionarse uno. Este invento ha sido adoptado por la marina de guerra austriaca y se ha asegurado á su autor la recompensa correspondiente.

LOS CABELLOS DE LUISA.

LEYENDA.

III.

UNA MUJER CALVA.

(CONTINUACION.)

Peluqueros había en aquel tiempo, carísimos lectores, y no teneis mas que mirar la fecha en que pasa la accion para cercioraros de ello; pero la condesa no quiso nunca suplir con galas artificiales las que debió en otros días á la naturaleza, bien porque rehuyese adornar su frente con cabelleras de personas cuya salubridad desconocía, bien porque no fueran de su agrado las que confeccionaban los artifices de pelucas, harto modestos é inhábiles en España en aquel tiempo, á pesar de ser en Francia el de Luis XIV, época de raya en los fastos de la peluquería antigua, moderna y contemporánea, ó bien por otras causas que no me esplico con claridad el religioso; cuya narracion ofrezco á los lectores del Museo amoldada en el troquel de novela trasparenca, tanto para ajustarme á las exigencias del día, como porque así lo requiere su argumento; y plegándose mi pluma á todos los estilos, del propio modo que mi espíritu se doblega á la presion de las inconexas circunstancias que se eslabonan en mi exótica vida, le sucede lo que al perro del tiritiro, que al son que le tocan baila.

Ahora, si lleva mal ó bien el compás, diralo el músico, no el danzante; pero dejando á un lado circunloquios churriguerosos que perjudican á la armonía del cuadro, para no volver á entrar en ellos mientras dure su esposicion, tomemos de nuevo á la condesa, es decir, hablemos de la acaudalada huérfana desde el instante en que la abandonamos por cuestiones peliagudas, ya que sabidos sus antecedentes podemos apreciar con exactitud el motivo de hallarla en la mañana á que me refiero, sola en su gabinete, sentada frente á un dorado espejo, y delante de una mesa donde se hallaban mezclados en confuso desorden multitud de tarros, redomas y botes.

Empezó la condesa por quitarse suavemente aquella cáscara de tafetan que solo en estos solemnes momentos dejaba libre su cabeza, derramó en la palma de la mano parte del contenido de las redomas, que llevó luego á los débiles fragmentos de pelo que á retazos sombreaban algunos parajes de su reluciente cráneo, y después de haberlos frotado y alisado con media docena de cepillos de diferentes formas y tamaños, volvió á colocarse la gorra con tan esquisito estudio, que sería imposible conocer la absoluta carencia de *tubos capilares*, bajo los hinchados pliegues de su rizada cúspide.

Verificada esta delicadísima operacion, quedó la condesa sumergida en sus reflexiones por algunos instantes.

Aquella era la peor hora de todos los días. Acababa de representarle el espejo, con una verdad desconsoladora, aflictiva, terrible, el repugnante espectáculo de su desnuda cabeza, objeto de sus simpatías, causa de su destierro, barrera indestructible puesta en el camino de su felicidad.

Todos los días quitábase la gorra la condesa, con la emocion de la esperanza, y volvía á ponérsela con el dolor del desengaño.

Siempre la encontraba igual, siempre aquel funesto brillo que hacia reflejar en sus claros ojos el de la mas

violenta ira.—Todas sus riquezas, todo su orgullo, la mitad de su existencia hubiera dado por un solo bucle de cabellos que acariciase sus enjutas mejillas.

No podía, no quería, no se conformaba á permanecer toda su vida con aquella deplorable calva. La ilusión desvanecida un momento ante el frío aspecto de la implacable realidad, volvía á sonreír de nuevo al cubrirse la cabeza.

—Veremos mañana, pensaba interiormente, y aunque nunca veía lo que anhelaba, no dejó una vez sola de consolarse de este modo, porque también era egoísta.

Pero en la ocasión presente, fueron sus meditaciones más duraderas. Acaso este postrer recurso de la desgracia, este antídoto de la desesperación, imán de nuestros sueños, faro de misericordia colocado por la providencia en el sombrío valle del mundo para no dejarnos hundir en los profundos centros del desaliento; ese mañana en fin, que lo mismo puede ser para nosotros la luz que las tinieblas, el día que la noche, la vida que la muerte, pero que siempre se nos presenta bajo la forma de luz, día y vida, iba con el uso, perdiendo para doña Clara su benéfica influencia y no aliviaba ya el cáncer de su corazón, porque levantándose distraída de su asiento, se acercó á uno de los balcones de su cuarto, por cuyos tersos cristales se introducía un alegre rayo del sol de primavera, y dirigió maquinalmente la vista hacia el pintoresco y vasto campo que ante sus ojos se extendía.

Sin duda algún curioso objeto debió escitar su interés, pues la indiferencia que mostraba al principio, desapareció poco á poco y la expresión de su mirada, fija siempre en un punto, fue animándose sin cesar, comunicando á su cuerpo un estremecimiento nervioso que aumentándose por grados hizo prorompír á sus labios en una histérica exclamación, y á sus manos dar un golpe en su frente como si hasta entonces no hubiese hallado la solución de algún difícil problema que la tuviese preocupada anteriormente.

IV.

MISTERIO.

Cierta mañana repararon los campesinos, con notable asombro de sus ánimas, que una magnífica carroza, tirada por cuatro fogosos caballos blancos, cruzaba la calle de sauces dirigiéndose á la aldea.

Era uno de esos risueños días de mayo en que la naturaleza parece hacer alarde de todos sus primores.

—Será la señora que irá á recorrer sus tierras, decíanse unos á otros los honrados labriegos, designando con aquel nombre á la condesa.

Pero la admiración que causaba en el pueblo la régia pompa de la señora, creció en este día de todo punto al advertir que el carruaje se detenía á la puerta del viejo Pablo.

Un lacayo de vistosa librea y sombrero en mano, abrió la portezuela, y no tardó en bajar la condesa vestida de negro y con su inseparable gorra encajada hasta las sienas.

Observábase en su rostro una expresión de fiereza y altivez tan marcada, que las mujeres de la aldea sentían miedo al contemplarla y ocultaban la cabeza que cedían á ese instinto de femenil curiosidad, habían asomado por sus puertas y ventanas al oír el estrépito de los caballos y las ruedas.

La señora, sin anunciarse, entró en casa de Luisa. Oyéronse á poco fuertes ladridos en el interior, y la temblorosa voz de Pablo que procuraba acallar los arranques de Clavel.

Después de un corto rato de silencio, apareció la condesa en el umbral seguida del perro que gruñía sordamente, contrayendo el labio superior. Subió al coche la señora, con la majestad de una reina, y los caballos partieron al galope hacia la Tumba Negra.

Clavel permaneció un instante en el mismo sitio, espantado con la cabeza erguida, la marcha del carruaje, y así que lo perdió de vista entre las nubes de polvo que su carrera levantaba del camino, dió media vuelta y desapareció del dintel.

V.

DOBLE MISTERIO.

Al otro día, cuando las jóvenes fueron con sus cántaros al manantial, advirtieron que no estaba entre ellas Luisa, la de los rubios y espesos cabellos, que tanta envidia excitaba en sus corazones y á quien sin embargo, amaban tanto.

Los aldeanos esperaban con ansiedad la venida del próximo domingo para verla en el camino de la choza de Andrés, conduciendo á su anciano padre; pero aguardaron sin fruto. Luisa no pareció.

Tampoco volvió Tomás á su casa, según costumbre. ¿Qué había pasado en aquella familia?—¿A qué una reclusión tan incomprensible? ¿Por qué hasta la puerta de Pablo se mantenía cerrada á todas horas?

En verdad que su misteriosa conducta daba pábulo á las más diversas conjeturas.

Algunos mozos del pueblo, impulsados por el interés que sus vecinos les inspiraban, habíanse acercado á su

habitación, para indagar la causa de su retraimiento y prestaries el auxilio que su estado reclamase; pero fueron ahuyentados por los ladridos de Clavel, que arañaba con rabia la puerta, como despidiendo á los importunos y se retiraron á su pesar, no sin que antes percibieran los comprimidos ayes de un llanto desgarrador.

—¡Pobre Luisa! decían, ¿si estará enfermo su padre?

—¡Quia! hubiera venido el médico y nadie le ha visto.

—Ni á Tomás tampoco.

—Te atreves á que llamemos de nuevo á su puerta, ¿no vayamos luego á arrepentirnos de nuestros escrúpulos?

—¿Y no dirán con razón que somos curiosos?

—Mas vale vergüenza en la cara que dolor en el ánimo.

Y los jóvenes se aventuraron á llamar en casa de Luisa, quien les agradeció desde adentro su intención, pero sin aceptar sus ofertas.

Por lo tanto el misterio continuaba y las suposiciones eran cada vez más absurdas é inverosímiles.

De este modo pasaron algunos días, durante los cuales, murió el viejo Andrés en su solitaria choza.

Los criados de la Tumba dieron sepultura á su cadáver, sin duda por orden de la condesa. Acerca de este acontecimiento circulaban extraños murmullos, pues se decía que en unión de Andrés, había sido enterrado, su antiguo amigo, el virtuoso y honrado Pablo.

Pero nadie lo afirmaba de una manera positiva, la puerta de su habitación seguía cerrada y ninguno se determinaba á interrumpir la sospechosa tranquilidad en que yacía sumergida, confiando al tiempo la misión de guiarles en tan intrincado laberinto.

VI.

LA DESGRACIA EN EL CABELLO.

Al fin una mañana hallaron á Luisa que venía de llevar su cántaro en la fuente.

Pero, ¡ay! que ya no era la joven de otros días, el sol de las praderas, la gala de los campos, el imán de los pastores, la sonrisa de su amor...

Su rostro estaba ajado como el lirio al declinar la tarde y un tinte cárdeno y sombrío rodeaba sus hermosos ojos negros, ahora cavernosos y sin brillo como la bruma del torrente que ruge en el fondo del abismo.

Sus pasos eran tardíos, desiguales, penosos.

Llevaba un vestido negro y un pañuelo del mismo color anudado en la cabeza.

¡Luisa! pobre flor del mediodía, ¿qué ha sido de tu cabello rubio cual el primer destello de la aurora? ¿Qué se han hecho aquellas trenzas doradas que realzaban el nacar de tu cuello, como los rayos del sol naciente abrillantaban la espuma de los manantiales?

Luisa bajaba sus lívidos párpados, al observar en todos los semblantes la mirada indagadora y compasiva que derramaban sobre ella y proseguía en silencio su camino.

También volvió Tomás á atravesar la calle de sauces el domingo inmediato á la reaparición de Luisa.

¡Mas ah! que los rumores del pueblo eran ciertos por desdicha y no pudo depositar en manos del buen Pablo el jornal de la semana.

—Luisa, ¿dónde está nuestro padre? exclamó al entrar en su casa, explicame por favor qué catástrofe nos ha envuelto en sus horrores, qué significa este aspecto lúgubre, angustioso, amenazador que diviso en cuanto me rodea?

Luisa se arrojó en los brazos de Tomás, anegando en lágrimas su hermoso rostro.

Clavel sentado sobre sus pies traseros espiaba los menores accidentes de este grupo.

—Hermano mío, nuestro buen padre ha muerto, respondió Luisa, sin separarse de Tomás y entre los sollozos que ahogaban sus palabras.

—¡Muerto! repitió Tomás convulso. Ya me lo insinuó la señora; pero mi corazón se rebelaba contra su infortunio y no quería dar crédito á la noticia.

—Tu corazón se engañaba, replicó Luisa, no existe y yo he apresurado su muerte.

—Deliras, hermana mía.

—No, Tomás; pero mi culpa, ha tenido aunque tarde su espición. Mira.

Y apartándose de su hermano, desató el pañuelo de su frente, que al alojarse cayó sobre sus hombros.

Tomás exhaló un grito de espanto.

La cabeza de Luisa estaba completamente rapada.

—Escúchame, prosiguió esta volviéndose á cubrir con el pañuelo. Entreteníase una mañana mi padre con Clavel y peinaba yo mis cabellos, cuando abriéndose de improviso la puerta entró en casa la señora. Sorprendíome su vista y un presentimiento vago aunque cruel se apoderó de tal manera de mi espíritu que no fui dueña de contestar á su alivo saludo.

«Con el sombrero en sus rodillas y poseído del mayor respeto, suplicó el anciano á la señora le permitiese continuar sentado, porque su debilidad le impedía levantarse. La condesa no se dignó responderle y se contrajo al objeto de su visita.

»Pocas fueron sus palabras, pero aun resuena el eco

en mis oídos como el tañir de la campana anunciando la agonía.

»Una de las tardes en que íbamos á la choza del viejo Andrés, había reparado en mis trenzas: eran las que buscaba en balde desde muchos años y venía á hacer sus proposiciones para la compra.»

Aquí Tomás no pudo contener un momento de cólera. Clavel que parecía escuchar atentamente, cambió de sitio para acercarse á los interlocutores.

Luisa continuó.

»La súbita aparición de una fiera, pronta á despedazarme entre sus garras, no me hubiera aterrorizado tanto como el glacial tono de aquella mujer, exigiendo la venta de mi cabello.

»El anciano me devolvía llena de angustia la mirada de estupor que mis ojos le enviaban; pero ninguno de los dos acertaba á desplegar sus labios. El asombro nos enmudecía.

»La condesa se encargó de poner término á una situación tan difícil.

—»Anciano, dijo á mi padre, me canso de esperar. Si dentro de ocho días no poseo el cabello de tu hija seréis ambos despedidos de mis dominios, destruida la casa que te albergó cuando te presentaste á mendigar un asilo contra tu adversa suerte, y tu hijo Tomás irá sin que lo presuma, á trabajar en mis ingenios de América. Me sobran medios para realizarlo. Cuenta sobre todo con el siglo. No sois mis siervos, pero sí mis criados. Vuestra fortuna me pertenece, porque os alimento con mis bienes que os doy en cambio de vuestros servicios y si no dispongo de vuestra libertad, puedo causaros la miseria para toda la vida.

»Reflexiona bien, anciano, y decídetelo. Entre tanto, no verás á tu hijo.

»Y volviéndose la espalda, salió de casa la señora sin que pensáramos en detenerla dejándonos sumergidos en la más intensa aflicción.

»Pasado el primer momento de sorpresa, corrí á abrazar á nuestro padre, que seguía con su venerable cabeza descubierta y agoviado por el peso de su desventura.

—»¿Qué decís, padre mío, qué me ordenáis? exclamé cayendo á sus plantas y humedeciéndolas con mi llanto.

»Clavó el anciano en mí sus brillantes ojos, como si quisiera infiltrar por los míos su pensamiento y me respondió tan solo.

—»¿Y tú infeliz hermano?

—»Pero eso es horroroso, padre mío, repliqué comprendiendo y resistiéndome, en tono de inculpación.

(Se continuará.)

JOSÉ J. SOLER DE LAFUENTE.

MEMORIA HISTORICA Y DESCRIPTIVA

DEL CONVENTO

DE SAN FRANCISCO EL GRANDE DE MADRID.

I.

Recorria San Francisco de Asís algunas comarcas de nuestra península, en la década segunda del siglo XIII, y habiendo llegado á Madrid, fue recibido de sus honrados moradores con el aprecio y distinción que tan esclarecido huésped merecía. Ofreciéronle asimismo terreno para que erigiese un convento de la órden austera que había fundado, y el santo patriarca, reconocido á las muestras de veneración y estima que los vecinos de Madrid le dispensaron, escogió un sitio estramuros, al Sudoeste de la población é inmediato á una fuente á la que hacían sombra dos álamos. Allí, con las ramas de los árboles y con un poco de barro hizo una ermita, único albergue que pudo ofrecer á los fieles que movidos por le ejemplo de su santa vida abandonaron el mundo y corrieron á reunirsele, para consagrar sus días á la penitencia y al retiro.

En esta misera y desabrigada estancia residieron los nuevos discípulos de Francisco, hasta que el mismo santo, ayudado de los habitantes de Madrid, que contribuyeron con sus limosnas, fabricó el convento de Jesús y María, pequeño y desacomodado.

Gozaban en él poca salud los religiosos, y por esta causa determinaron abandonarle: mas el pueblo de Madrid que profesaba mucho afecto al convento de San Francisco por haber sido fundación del seráfico patriarca, desaprobó el proyecto de los frailes, y decidió que no se les permitiese establecerse en otro sitio de la villa, la cual se ofreció gustosa á conservar aquel sagrado edificio, con el decoro correspondiente á la memoria del santo que le habitó.

Continuó la comunidad en su antigua mansión y fue aumentada considerablemente á expensas de los reyes y de los vecinos de Madrid en diversas épocas; formando al fin un convento espacioso, del cual formaba parte al comenzar el siglo XVII, con el nombre de Cuarto Viejo, la primitiva fábrica levantada por el santo patriarca. Los Vargas, Ramirez, Luzones, Lujanes, Cárdenas,

Zapatas y Venegas, labraron sus entierros en la iglesia y capillas de San Francisco, propias algunas de las familias distinguidas que llevaban aquellos apellidos, de manera que para la nobleza de Madrid y aun para gran parte de la población la casa que nos ocupa era un monumento de familia.

Contribuyeron particularmente á engrandecerla, con no escaso beneficio de las nobles artes, el camarero de Juan II Pedro de Lujan, que dió principio á la capilla de su apellido por los años 1470, y su hijo el prudente, leal y verídico caballero Juan de Lujan, llamado el Bueno por las relevantes prendas que le adornaban, el cual terminó á fines del siglo XV la fábrica notable que su piadoso padre comenzó á levantar.

Don Francisco de Vargas, uno de los mas doctos consejeros de los Reyes Católicos y del emperador Carlos V, no menos espléndido que sus antepasados, empezó á construir la famosa capilla que hoy se llama del Obispo, contigua á la parroquia de San Andrés, en la que reposan sus cenizas, y reedificó grandiosamente en el convento de San Francisco la muy antigua capilla de su familia.

El mas generoso de los bienhechores del convento de San Francisco fue, sin duda, el caballero madrileño Rui Gonzalez de Clavijo, camarero del rey don Enrique III y embajador del mismo soberano al gran Tamerlan. Al regresar Clavijo de su largo viaje al Asia, reedificó ampliamente la capilla mayor de este convento, eligiéndola para enterramiento suyo y de sus deudos.

Acaeció la muerte de Enrique IV de Castilla en el famoso alcázar de Madrid á las dos de la mañana del día 13 de diciembre de 1474, y deseando la reina doña Juana dedicar al servicio del Señor el resto de su vida, eligió un cuarto en el convento de San Francisco de Madrid, contiguo al templo y con tribuna á la capilla mas retirada del mismo, para asistir á los Divinos Oficios.

Dió allí pruebas la reina doña Juana de un arrepentimiento sincero, y su vida en aquel tiempo fue sin duda ejemplar y austera. Pocos dias pudo con agrar su alteza al silencio y á la oracion, pues falleció el 13 de junio de 1475; quedando al convento por memoria de su estancia en el mismo unos tapices y un cáliz con las armas de Castilla y Portugal, *que duró hasta nuestros dias*, dice Quintana.

El cadáver de la reina doña Juana fue colocado en un sepulcro de mármol blanco, monumento grandioso que al efecto mandó labrar doña Isabel la Católica. Hizose á la parte del Evangelio adosado al muro de la capilla mayor: le decoraba la estatua yacente de la difunta reina y de su magnificencia da testimonio Argote de Molina, que habiéndole visto repetidas veces, le llama *riquísimo*. Leíase en él la siguiente inscripcion, reproducida en diversas obras por varios autores:

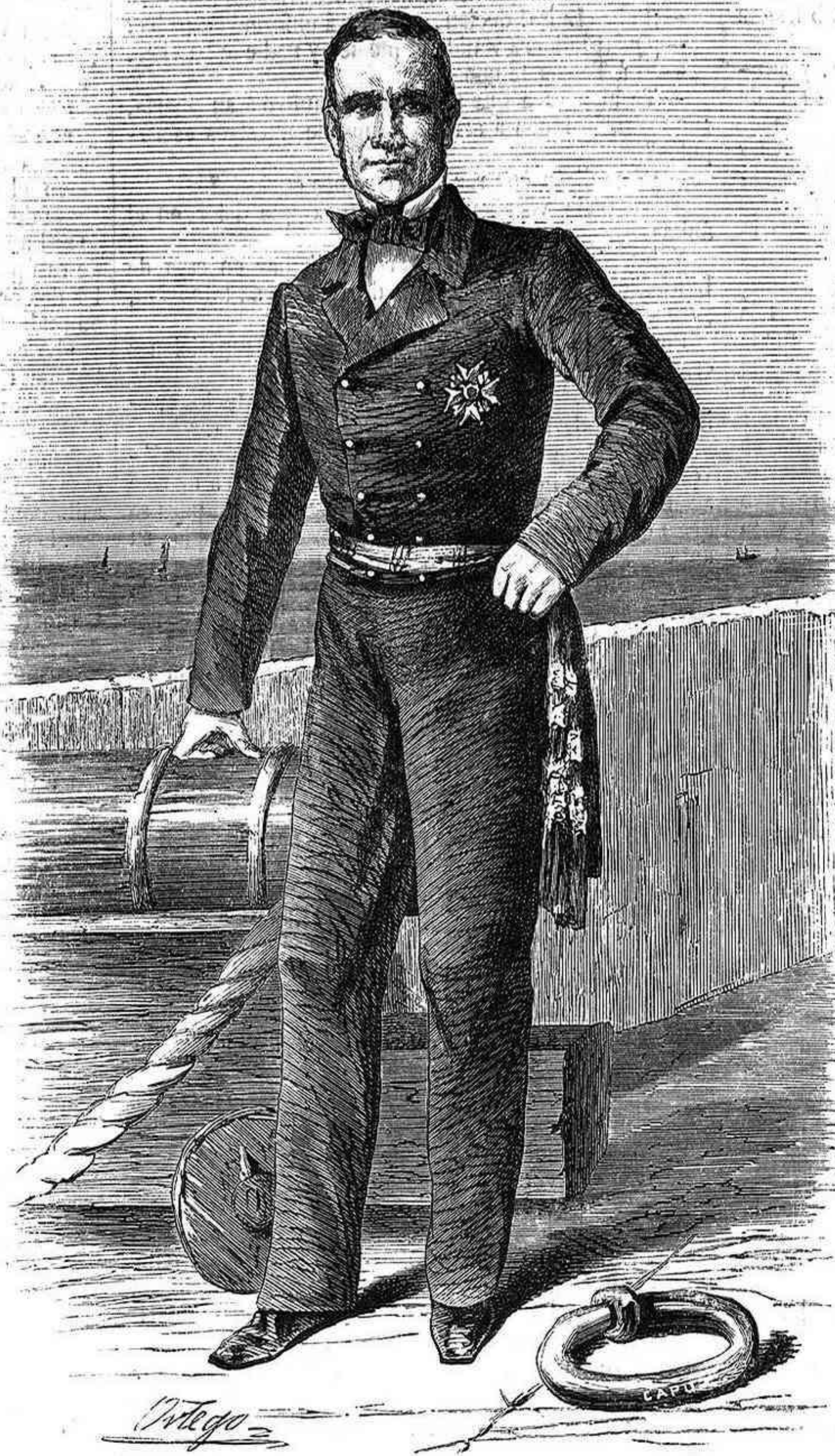
AQUI YACE LA MUY ESCELENTE, ESCLARECIDA Y MUY PODEROSA REINA DOÑA JUANA, MUJER DEL MUY ESCELENTE Y MUY PODEROSO REY DON ENRIQUE CUARTO, CUYAS ANIMAS DIOS AYA: LA QUAL FALLECIÓ DIA DE SANTO ANTONIO AÑO DE MIL Y QUATROCIENTOS Y SETENTA Y CINCO.

Muy escasas noticias han quedado de la forma, dimensiones y ornatos de la antigua iglesia, pues consta únicamente que fue en diversas épocas reedificada, y que la engrandecian muchas y muy notables memorias sepulcrales.

Ocupaba entre estas el lugar preeminente la tumba del embajador Rui Gonzalez de Clavijo. Hiciéronla por los años de 1412 con ricos mármoles y mucha grandeza en el centro de la capilla mayor á manera de túmulo ó cama, y pusieron la estatua del finado encima, segun costumbre de la época.

En la misma capilla mayor á la parte de la epístola yacia sepultado en un magnifico sarcófago el famoso marqués de Villena; al que han dado tanta celebridad sus obras, no menos que su estirpe régia, pues era tío del rey don Juan II.

Frontero al lucillo de Villena se veia al lado del Evangelio el rico y suntuoso mausoleo de mármol en que por espacio de ciento cuarenta y dos años reposó el cadáver de doña Juana de Portugal, esposa del rey de Castilla



EL GENERAL DE MARINA DON JOSÉ MARÍA BUSTILLOS.

Enrique IV, de cuyo fallecimiento hemos hablado, como tambien de este rico túmulo, que la inclita reina doña Isabel la Católica mandó erigir, en prueba de que habia echado en olvido los disturbios y pesares que agriaron la vida de su hermano, y como testimonio público de que en su real ánimo no tenia cabida el rencor.

Muy justo es que nos detengamos á refutar con sólidas razones una idea, bajo todos conceptos absurda, pues no debe aparecer doña Isabel la Católica menos magnánima y cristiana de lo que realmente fue.

Dice Mariana en el capítulo IX del libro XXIV de su Historia general de España, que para colocar el cuerpo de la reina doña Juana cerca del altar mayor de la iglesia de San Francisco de Madrid, *quitaron de allí los huesos de Rodrigo Gonzalez de Clavijo*.

El padre Florez (1) entiende por este período que sirvió para enterramiento de la viuda de Enrique IV el sepulcro de Clavijo y espresa: «segun lo cual no fue obra aquel sepulcro de los Reyes Católicos sino del mencionado Clavijo cuyos huesos sacaron de allí.»

Tomando las palabras de Mariana literalmente, dedúcese, en efecto, que se quitó de la capilla mayor de San Francisco el cadáver de Clavijo y no el lucillo que le custodiaba. Si tal idea quiso emitir Mariana, preciso es reconocer que al hablar del hecho á que aludimos, incurrió en una de las muchas inexactitudes que deslucen y por completo desacreditan su famosa narracion, tan bella en la forma, como desnuda en la esencia de verdad y critica.

Profanar una tumba, exhumando de ella los restos mortales del generoso caballero que á su fallecimiento dejó cantidades suficientes para costearla, y á cuya esplendidez asimismo se debía la ereccion del recinto sagrado en que fue aquella colocada, era una falta de piedad y á la vez constituia un injustísimo despojo, que por nin-

gun concepto se pueden achacar á la inclita reina doña Isabel la Católica. Argote de Molina en el discurso que escribió sobre el Itinerario de Rui Gonzalez de Clavijo, describe su sepulcro y refiere que unos años despues de haber sido erigido, le quitaron del sitio que ocupaba en el centro de la capilla mayor, para colocar el cuerpo de la reina doña Juana donde agora se ve en un riquísimo sepulcro de alabastro.

El sepulcro de Rui Gonzalez de Clavijo vi trasladado en el año pasado de 1573 en medio de la iglesia de San Francisco, y en este año de 1580 le vi quitado de allí y arrimado á la pared junto al pulpito.

Cita dos sepulcros distintos en el preinserto párrafo Argote de Molina, y fija el diferente sitio que ocupaban á fines del siglo XVI en la iglesia de San Francisco el de la reina doña Juana y el de Rui Gonzalez de Clavijo, conservándose aun por aquel tiempo las estatuas yacentes de la señora y del caballero que en las mencionadas tumbas habian sido sepultados. No menos clara y terminante que la relacion de Molina es la de Leon Pinelo, el cual da noticia en sus Anales de Madrid, todavia inéditos, asi de la ereccion del sepulcro de doña Juana á espensas de los reyes Fernando V é Isabel, como de la ruina del mismo, llevada á cabo en 1617, cuando se reedificó de nuevo la capilla mayor: espresando el analista madrileño la circunstancia, bajo muchos conceptos notable, de que se convirtió en efígie de la Virgen María y fue colocada sobre la puerta del convento la estatua de mármol blanco de la reina doña Juana, que hasta entonces decoró el sepulcro de aquella señora. Transformacion absurda, que solamente pudo ocurrir á los hombres del siglo XVII, pero que es importante para la cuestion que ventilamos, porque confirma contra la opinion de Mariana que la reina doña Juana y Rui Gonzalez de Clavijo ocuparon sepulcros diferentes, y que de ningun modo sirvió uno solo para los dos.

Al romper el sepulcro fue hallado el real cadáver con la cabellera intacta, y ceñida la cabeza con una cinta, que debia ser la medida del tamaño de alguna imagen. Quedaron colocados los huesos de la reina en un hueco de la pared, bajo el cual se colocaba todos los años una mesa de altar el día 2 de noviembre, y se celebraban misas en sufragio del alma de aquella princesa.

Completamos las noticias que existen de la iglesia antigua, insertando á continuacion de estas líneas un párrafo copiado del informe que presentó fray Antonio Muñoz al padre guardian de este convento sobre el estado en que se hallaba la iglesia cuando fue demolida totalmente.

Despues de citar las once capillas de la iglesia dice el padre Muñoz: «en el ingreso al convento por la porteria, sacristia y claustro, se enumeraban hasta catorce capillas y dos altares mas en el que decian entierro de los religiosos. De modo que el número total de capillas ascendia á veinte y cinco: el de altares á cuarenta y uno, y solo juzgo que dos de ellos carecian de pátroño.»

En este documento, que original hemos tenido á la vista, se espresa igualmente que las once capillas de la iglesia eran de propiedad particular.

La riqueza artistica de todas estas capillas era grande, y fue una lástima que desapareciese. Fortuna hubiera sido para la villa de Madrid, y mas aun para las nobles artes y para la historia, que al proyectarse en 1760 la ereccion de un templo suntuoso, conforme con las ideas y gusto artistico dominantes á la sazón, no hubiese sido escogido el templo de San Francisco sino algun otro de los mas pobres; pues en tal caso tendríamos el grandioso monumento moderno, y á la vez existiria el mas venerando á importante de los antiguos edificios que poseyó la noble y leal villa de Madrid.

(Se continuará.)

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.

(1) Memorias de las Reinas Católicas, tomo II.